

Blanca López Martínez
IES Ramón Arcas Meca (Lorca)
MURCIA



¿Era necesario parar el tiempo?

No entendía por qué me habían obligado a ir, ¿no iba a haber nadie de mi edad! A los adolescentes no les interesan las aburridas comidas de empresa de sus padres, y yo no era la excepción. Además, se celebraba en una casa de mitad de la nada rodeada de hermosas colinas a ninguna de las cuales llegaba ni una pizca de cobertura. Sin embargo, mis padres insistieron en que me lo pasaría bien y dijeron que no me vendría mal renunciar a las comodidades de la ciudad durante unas horas.

Algo esperanzado por la idea de descubrir formas de disfrutar al margen de la tecnología, finalmente accedí a ir, y, aunque no resultó ser aburrido precisamente, acerté en el resto de mis predilecciones. No había allí ni una sola persona aparte de mi que no pasara de los treinta años y en algún punto de la carretera nos habíamos trasladado al siglo XIII. La gran casa, colosal e imponente en mis pensamientos, resultó ser una choza de piedra no lo suficientemente grande como para albergar al número de personas que ahí se hallaban, por lo que terminamos comiendo en unas mesas plegables en el jardín.

Al menos las colinas y valles hermosos y florecientes cumplían con lo prometido. Eran increíblemente bellos, y parecían pertenecer a un mundo totalmente diferente a aquel en el que se encontraba la casita de piedra. Así que, tras la comida, decidí adentrarme en ellos con el fin de descubrir una fuente de entretenimiento entre la maleza.

Tras unos minutos subiendo por la colina más cercana, comencé a notar algo extraño en la vegetación. A medida que avanzaba parecía que los setos y arbustos se apartaban formando un camino, más amplio y claro a cada paso que daba. Intrigado, seguí andando con paso

más acelerado, sin darme cuenta de que el bosque también era cada vez más espeso y oscuro. Poco después llegué a lo que parecía el final del camino. Toda mi emoción se disipó en unos segundos, “pero si aquí no hay nada”, pensé. Indignado y fatigado por el largo camino que había recorrido en vano, decidí buscar algún lugar en el que sentarme a descansar para luego realizar el camino de vuelta. Esta búsqueda sí que tuvo éxito, y pronto encontré un lugar apropiado con una de las grandes rocas que rodeaban el final del sendero.

Al sentarme descubrí un pequeño objeto escondido escondido entre las hojas de un arbusto cercano. “Qué poco considerada es la gente”, pensé, “mira que tirar algo así en medio del bosque”. Decidí recogerlo para tirarlo más tarde a una papelera, pero al cogerlo del suelo, me sorprendí, pues era un reloj de arena. Me extrañó mucho ver un objeto como ese, sobre todo en mitad del bosque. Examinándolo me di cuenta de que había algunas inscripciones escritas en las bases. En ambas se podía leer “lo que el tiempo detiene, peligros contiene”. Me quedé mirándolo sin entender nada y con gran curiosidad, “¿cómo funcionaba aquel objeto? ¿a qué se refería con detener el tiempo?”. Sostuve el objetivo entre mis manos durante unos minutos sin hacer nada más, simplemente observándolo. La arena que contenía era de un color inusual. No era arena normal, era roja y brillante, y al girar el reloj caía toda de golpe, no sucesivamente, como si al girarlo desapareciera y apareciera de nuevo en el extremo opuesto sin pasar por el centro. Continué observándolo, y al rato, me di cuenta de que había algo distinto en una de las bases. En el centro de ella había un pequeño botón camuflado entre las letras del mensaje. Lo pulsé sin expectativas de que ocurriera algo, pues llevaba mucho tiempo mirando ese extraño objeto y comenzaba a aburrirme.

Al pulsarlo sucedió algo completamente inesperado, aunque tardé unos segundos en darme cuenta, ya no escuchaba el silbido del viento, tampoco los roces de las ramas y hojas de los árboles, el bosque había quedado mudo e inmóvil. ¿Había parado el tiempo? ¿Era posible? Comencé a recorrer el sendero de vuelta, pues necesitaba comprobar si lo que veía era cierto. Corrí por la colina, estaba emocionado, o quizás asustado, no lo tenía muy claro.

Seguí bajando, ya quedaba poco camino hacia la choza, y cada vez estaba más seguro de que realmente había parado el tiempo. Entonces, me asaltó una duda, “el reloj hablaba de problemas al parar el tiempo, ¿y si mi curiosidad había causado algún problema grave e irreversible? Asustado, extraje el pequeño reloj de arena de mi bolsillo y pulsé el botón de nuevo, me aterrizó la posibilidad de que no funcionara, pero funcionó. Todo volvió a moverse, el mundo volvió a girar, y los sonidos de la naturaleza, volvieron a invadir el bosque.

Bajé el resto de la colina con un nudo en la garganta y corriendo como jamás lo había hecho. Llegué, por fin veía la casa de nuevo. Lo que vi me descolocó un poco. Aún no estaba lo suficientemente cerca, pero todo el mundo parecía muy alterado.

Me acerqué más y comencé a escuchar voces gritando mi nombre, ¿cuánto tiempo había estado fuera? Corrí hasta mi madre, que soltó un suspiro de alivio y un reproche por mi irresponsabilidad. Informó a los demás de que estaba aquí y todo el mundo se tranquilizó un poco y se acercó a preguntarme si me encontraba bien. Mi madre me dijo que si hubiera tardado un poco más habría llamado a la policía. Le conté que había estado andando por el bosque y disfrutando del paisaje. Sin embargo, no mencioné el reloj y todo lo del parón temporal, simplemente me lo guardé, pero jamás volví a utilizarlo. Al fin y al cabo, ¿era necesario parar el tiempo?